

RELATOS MARINEROS

POR NUESTROS MARES DEL SUR

La Viuda

Por

Raúl TORRES Rodríguez
Capitán de Fragata (R.).
Armada de Chile.

Uno de los parajes más interesantes de la región de Chiloé, es, sin lugar a dudas, el canal Moraleda, que nace en la conjunción misma del Golfo de Corcovado y la Boca del Huafo. Un millar de islas y canales forman el grupo Guaitecas y Chonos; canales Tumapú, King y Puyuguapi. Todas son islas pintorescas, cubiertas de cipreses y arbustos de tonalidades diversas. En sus playas y peñascos abundan mariscos y moluscos de exquisito sabor. Entre estas islas, entre estos canales que cruzan el Moraleda en todas direcciones es, precisamente, donde se oculta la "Viuda", a la que muchos temen y de quien muchos se burlan, dudando de su existencia. Es que tal vez esas personas no han tenido las oportunidades que tuvimos los tripulantes de la escampavía "Yelcho" de ese año cuando más de una vez tratamos de atraparla, procurando evitar que atacara nuestra nave. Tampoco habrán tenido oportunidad de oír hablar de ella en otros momentos de su vida.

Quienes han dado a conocer leyendas de Chiloé, generalmente describen a la

"Viuda" como una figura de mujer de tétrico aspecto. Pero en la mente del marinero chilote, ésta puede presentarse muchas veces transformada en ave dañina, en animal agresivo o simplemente como una sombra de cuerpo humano, o... una cosa. Mas nadie puede dar una imagen real de este ser; yo tampoco podré hacerlo, porque no la he tenido en mis brazos, pero la he visto, la he perseguido en sus probables guaridas y la he sufrido, ¡y cómo la he sufrido, Dios mío...! Puedo, en consecuencia, asegurar que existe. Apelo a la buena memoria de los tripulantes de la "Yelcho" de ese año, para que confirmen lo que expondré y si aún quedan dudas, ruego a los amables lectores consultar a los marinos de origen chilote que honran nuestras naves de guerra o mercantes, los Soto, Navarro, Barrientos, Bahamóndez u Oyarzún. Ellos, como yo, podrán asegurarles que la "Viuda" es una realidad.

* * *

Permitan que me aparte de la narración principal para ponerlos en antecedentes que considero necesarios a fin de que, en su oportunidad, comprendan debidamente cuál ha sido mi posición en los hechos que expondré y para que conozcan someramente el carácter de aquellos tripulantes que sirvieron a mis órdenes, chilotes de corazón, marineros intrépidos, colaboradores leales, eficaces, resueltos y honrados, pero... supersticiosos impenitentes.

Cuando el Director del Personal de la Armada me llamó a su oficina para comunicarme la designación de Comandante de la Escampavía "Yelcho", de base en Puerto Montt, experimenté una de las mayores satisfacciones de mi vida naval: se me designaba Comandante de una de las naves auxiliares más gloriosas de nuestra Armada y se cumplían mis más caros anhelos. Había deseado largos años esta oportunidad y hoy se cumplía mi sueño juvenil: conocer en toda su magnitud la región de Chiloé, de la cual sabía mucho a través de narraciones más o menos fantásticas escuchadas a los compañeros que habían permanecido algún tiempo en los canales, o de boca de los

numerosos chilotes que encontrara a bordo de nuestras unidades de guerra. El Comandante de la "Yelcho" había solicitado relevo por motivos de enfermedad, y por tal razón, el Director del Personal me comunicaba por sí mismo tal designación, rogándome la cumpliera de inmediato y autorizando trasladarme al sur con mi familia.

Desempeñaba, por aquel entonces, las labores de oficial artillero de un destructor de la Escuadra Activa. Fui a bordo, dispuse las medidas del caso y sin pérdida de tiempo inicié la entrega del cargo al oficial que, en tal emergencia, debió substituirme. Regresé a tierra y pedí a mi esposa preparar lo necesario para dejar Valparaíso dentro de veinticuatro horas.

Tres días después, a las diez de la mañana, el Gobernador Marítimo de Puerto Montt hacía mi presentación oficial ante los tripulantes formados en la toldilla de la escampavía amarrada a su boya del Canal Tenglo, frente a la isla del mismo nombre, desde donde podía admirarse en toda su exuberancia el bosque florido de la quinta Hoffmann y hasta donde llegaban los apetitosos olores de los curantos domingueros, o de los churrascos exquisitos que exprimían su jugo salobre en la "Fragua", mientras un grupo de amigos, en ceremonioso ritual, saboreaba la espumosa chicha de manzanas y celebraba sonoramente las ocurrencias y bromas del anfitrión, aquel gran amigo de los hombres de mar de todas las banderas que fuera don Carlos Hoffmann. Algunas veces nos despertaban las cristalinas risas y el griterío de sus cuatro pequeñas y encantadoras hijas que corrían alegres por las praderas o se adentraban en las aguas del canal como queriendo atrapar con sus juveniles manos las tensas cuerdas de los veleros anclados a su vista.

Luego de la entrega del mando, el ex Comandante me describió ligeramente la región en que me tocaría actuar, dándome algunas recomendaciones y —lo que nunca podré agradecerle suficientemente— me presentó, por decirlo así, a las personas más importantes de las islas con quienes alternaría en mis viajes, haciéndome una no menos intere-

sante descripción de los tripulantes que dejaba a mis órdenes.

Así conocí desde el primer instante al amigo de Parítao, pequeña caleta ubicada en el continente, frente a la isla Maillén. Este amigo no toleraría fácilmente que la "Yelcho" pasara frente a su casa sin recalar en la ensenada por un sustancioso desayuno. A la hora de almuerzo debería recalar, siempre que fuera posible —y esto debería procurarlo siempre— en Calbuco. Allí estaba esa familia alemana que apenas divisaba en el horizonte la silueta de un buque perteneciente a la Armada, o éstos aparecían cruzando los pasos Tautil o Quenu, ordenaba izar muy alto en su mástil de Caleta La Vega, el pabellón patrio, como indicando que allí había un grupo de compatriotas que esperaban la visita de la nave con todo cariño. Esa familia se distinguió por su generosidad y el afecto inmenso hacia nuestra Armada, en forma que su nombre es de perenne recordación. Lo es también porque —marinos de corazón— dieron vida a una flota de veleros que, durante muchos años, paseó la bandera de Chile por todos los mares. La "Guaitecas", la "Nelson" y la "Calbuco", llenan brillantes páginas de la historia de esa navegación a velas, intrépida, heroica y sentimental del último siglo.

La hora de comida, era obligada en Puerto Chacao, donde "el amigo" nos esperaba con los brazos abiertos y a quien ningún comandante de la vieja escampavía se atrevería a "dejar esperando". Y así ocurría en Ancud, Castro, Achao, Mechuque, Quellón y tantos otros pequeños puertos regionales en los que se mantenía un verdadero culto por nuestros hombres de mar.

Utilísima fue, como lo he expresado, la presentación que me hizo el ex comandante de los tripulantes que lo habían acompañado durante seis meses a bordo de la "Yelcho", algunos de los cuales llevaban largos años en la región.

Juan Manquecura era nuestro contramaestre. De pómulos amplios, bajo de estatura, fornido, era el prototipo del chilote: gran marino, sencillo, honrado, sufrido para la mar, leal a toda prueba. Era natural de Achao, uno de los puer-

tos más conocidos de la zona, ubicado al norte de la isla Quinchao. Manquecura tenía verdadero orgullo de su isla y no aceptaba que un Comandante de su noble y vieja escampavía "pasara de largo" en su primera misión al sur, sin recalar en su rada para probar los exquisitos "apiaos" preparados por sus gentiles hermanas en la vieja casa paterna.

Pedro Bahamóndez era nuestro "guardián". Natural de Ancud —con acento en la "A", como él pronunciaba— era el aristócrata de a bordo: pertenecía a la Isla Grande y su ciudad capital, dueña de la iglesia más importante de la región, no podía compararse con ninguna otra. ¡Ya conocería su comandante aquella casita ubicada en Quetalmahuel! Era una joya encerrada detrás de la península Lacui, allí mismo en el golfo cuyo lecho era famoso por sus abundantes ostras.

Y Carlos Andrade, de Quellón; José Hueihué, de Quicaví; Lucho Lahué, de orillas del Colú; Manuel Soto, de Melinka, formaban la dotación de marineros, todos chilotes, nacidos en el mar, criados entre las lonas de lanchas isleñas, amamantados con leche sabor a cholgas, forjados al azote de las olas, de los vendavales y las lluvias eternas. Ellos conocían a fondo las islas y canales regionales. Estaban orgullosos de su suelo, de sus tradiciones, de sus recuerdos, de sus condiciones de marineros. Y hasta el hablar diríase que lo hacían en su propio idioma, que ningún nortino podría entender fácilmente. Con razón se aseguraba en aquellos años que, para ser un completo oficial naval, había que dominar dos idiomas aparte del español: inglés y francés (la mayor parte de nuestros textos de estudio estaban publicados en este último idioma) y... entender "chilote". Porque el "chilote" es como el idioma de los hijos de las islas.

Los jóvenes guardiamarinas que sirvieron a mis órdenes en esa época, me son de grata recordación, como lo es mi inolvidable —nuestro inolvidable— mozo Baldovinos. Mas, pecaría de ingrato si no dedicara algunas palabras al mecánico Carlos González, que fuera de gran

utilidad por muchos años en la escampavía. La "Yelcho", que conservaba intacta la silueta que se hiciera famosa en aguas de Isla Elefantes; que era la misma del Piloto Pardo y que aún conservaba en su cámara algunos recuerdos del famoso explorador Shackleton, estaba herida en sus entrañas: tenía la caldera rota. El mecánico González, la mantenía calafateada en forma que aún respondía, aunque quejumbrosamente. Y no contábamos por esos días con el precioso auxiliar moderno que es la radiotelegrafía. Así, el comandante tenía que confiar absolutamente en la pericia de ese noble servidor que, apenas notaba la terrible filtración del parche de su caldera, corría al puente de mando a dar cuenta. El Comandante debía tomar las medidas del caso para recalar de urgencia en un paraje cualquiera, o, simplemente para mantenerse al garete, mientras González, sin aguardar el enfriamiento de los fierros, iniciaba la tarea y a las pocas horas, que muchas veces parecían una eternidad, llegaba al puente y daba respetuosa cuenta:

—Lista la caldera, mi comandante; puede usted seguir viaje seguro. Y efectivamente, la vieja entraña de la nave seguía generando la savia vital que le permitiría surcar valientemente las peores aguas de nuestro largo litoral.

* * *

La superioridad naval había dispuesto por esos días la construcción de una escala semipermanente en isla Huafo, que reemplazara la "de gatos" existente en Caleta Chica y que unía la playa con el faro ubicado a ciento cuarenta metros sobre el nivel del mar. Isla Huafo queda situada frente a la entrada del golfo Corcovado, a unas veintidós millas de las Guaitecas y más o menos a igual distancia de Isla Grande. Es un inmenso peñón de casi diez millas de longitud, de aspecto sombrío, rodeado de enormes peñascos y barrancos casi verticales, bordeado de islotes y rocas inaccesibles. Sus bosques impenetrables y su naturaleza virgen la hacen inhabitable. Vientos huracanados, lluvias permanentes, fríos intensos, son la vida misma de

la isla. Esos elementos lo dominan todo y parecen oponerse a la presencia del hombre. Allí, sin más panorama que un mar eternamente revuelto, vivía un grupo de hombres, —esforzados y leales servidores de la Armada— que cuidaban del funcionamiento de uno de los faros más aislados y útiles de nuestro litoral. Sean estas palabras un homenaje a esos fareros que entonces conocí —hace más de cuarenta años— firmes en el puesto del deber, serenos e impenetrables, esforzados y duros, casi con la frialdad de los gélidos vientos regionales.

Así pues, iniciamos los viajes llevando y trayendo hombres y elementos para la construcción ordenada. En cada uno de esos periódicos viajes, que fueron muchos en ese invierno terrible debíamos cumplir numerosas comisiones; la cubierta de nuestra escampavía era un hacinamiento de elementos, cosas y hombres que parecían ansiosos de aventuras sobre el mar. Eran siempre misiones interesantes: recorrida de boyas, abastecimiento de faros sin guardián, visitas a faros Raper, San Pedro y otros, y, naturalmente, recaladas a pequeñas caletas o puertos regionales en donde la silueta de la "Yelcho" era familiar.

En mi primera comisión, como era de rigor, recalé en el puerto natal de mi contramaestre: Achao. Pasamos agradables momentos en la humilde casa situada en la playa misma de Quinchao y saboreamos a gusto los apiaos de que tanto nos hablara Manquecura. Al partir, como recuerdo, las hermanas del buen servidor me obsequiaron una pareja de gansos nuevos, los que llevé a bordo para criarlos debidamente. Los tripulantes tomaron gran afecto a esas aves, las que crecieron en absoluta libertad, llegando a tener tanta confianza y a sentirse tan marineras, que era corriente verlas visitar la cocina, bajar y subir a la cámara de oficiales, y atreverse de vez en cuando a llegar al puente de mando para asomarse al compás de gobierno como pretendiendo controlar el rumbo de la nave. En todas partes se las agasajaba con golosinas y era tal su afición a los gustos marineros, que jamás faltaban a la fila cuando se trataba de repartir una ración de

"chica". ¡Era curioso verlas balancear de babor a estribor cuando alguno les cargaba la mano en la pequeña porción de aguardiente!

Pero Manquecura, como buen chilote, era terriblemente supersticioso, como lo eran, sin excepción, todos mis tripulantes. ¡Y era una superstición contagiosa!... Una noche que íbamos rumbo al Golfo de Penas, comenzó a descomponerse el tiempo; es decir, tras una baja barométrica, empezó a soplar viento norte de regular intensidad. No eran indudablemente condiciones muy favorables para la vieja escampavía que, como siempre, navegaba sobrecargada: ochenta sacos de carbón sobre cubierta, bultos, corderos en pie, pasajeros y niños, la hacían intransitable. Habíamos pasado ligeramente al sur de Isla Huamblín y se acercaba la medianoche con todo ese pavoroso aspecto de una noche negra invernal. De repente, apareció Manquecura en el puente de mando y con toda seriedad, denotando en su rostro cierta preocupación, cierta inquietud, me dirigió la palabra:

—Perdone, mi Comandante, pero creo que sería conveniente que se metiera a los canales, porque algo grave va a ocurrir; lo sé porque graznó un ganso y si no quiere verse envuelto en una desgracia, le ruego me autorice para cortarles el gatzate de inmediato. No pude menos de soltar una carcajada acompañada de ciertos terminachos sabor a brea, olor a sentina y, por supuesto, no hice caso a las advertencias del incorregible supersticioso. Mas, he aquí que mi contra maestre estaba en lo cierto: dos horas más tarde, el temporal había arremetido en tal forma que las olas barrían cubierta, destruyendo todo lo que encontraban a su paso. La "Yelcho", vieja y noble escampavía, se elevaba decenas de metros sobre el mar borrascoso y caía estrepitosamente sobre las olas. Los minutos que se mantenía elevada se hacían eternos; en la oscuridad de la noche, ni siquiera se divisaba el mar. Por momentos la nave desaparecía en una negra montaña, ¡y qué montaña, Dios mío! Los oficiales me acompañaban en el puente tranquilos, prontos a prestar ayuda en el caso de abandonar la nave que irremediamente parecía hundirse;

en un momento se despidieron entre sí valiente y serenamente. ¡Pobres de nosotros si en esos instantes hubiese aflojado el parche que vigilaba atento el mecánico González! Llegó un momento en que estimé que nos quedaban pocas probabilidades de salvación y decidí una arriesgada maniobra, que si fallaba no haría otra cosa sino acelerar nuestro fin: virar al norte procurando poner proa a la mar. Tomé ciertas precauciones y en un instante, cuando el barco salía de entre la montaña negra, ordené cerrar toda la caña. Fueron minutos terribles: la escampavía se revolcó entre las olas embravecidas que pasaron de proa o popa, de babor a estribor, cubriéndonos totalmente y llevándose cuanto encontraban a su paso; pero el timón había obedecido y al poco rato habíamos caído ciento ochenta grados entre un cerro helado que se desprendía desde el puente de mando. Ya aproados, con máquina "despacio", fuimos avanzando pesadamente y algunas horas después largábamos ancla, sanos y salvos, en caleta Refugio. Allí permanecimos tres días reparando averías y reacondicionando el cargamento, el poco cargamento que se había salvado.

Cumplida la misión en Puerto Slight, regresamos al norte con buen tiempo; pero en el golfo Corcovado, las condiciones climáticas vinieron nuevamente a mal; el viento amenazante del norweste se insinuaba con sus característicos chubascos. Estábamos a pocas millas de la costa y si la cosa empeoraba, podría dirigirme a alguna caleta segura. Me encontraba en el puente de mando cuando sentí graznar un ganso. Sin pérdida de tiempo, llamé a Manquecura y le ordené matar de inmediato al desgraciado animal. Se cumplió mi orden y, como era de esperar, el tiempo mejoró al instante. Diez horas después largábamos anclas con toda felicidad en nuestro querido canal Tenglo.

Alguien se preguntará: ¿Pero acaso el comandante creía en tales hechos? Sólo debería contestar que nadie podrá escaparse de esto, si convive con un puñado de hombres de mar tan supersticiosos como aquellos que compartieron conmigo tan íntimamente esos inolvidables días de la "Yelcho".

En uno de nuestros viajes, además de la comisión de rutina en Huafo, debíamos cumplir cierta misión en Aysén. Era un día sábado, lo recuerdo perfectamente. El tiempo se presentaba desfavorable; se acercaba la noche, una de aquellas noches oscuras del invierno de esas latitudes. Como no teníamos mayor apuro, decidí tomar fondeadero en puerto Barrientos, ubicado al sur de isla Guaitecas. Es una ensenada resguardada de los vientos del primer cuadrante, semiescondida detrás de los cerros que forman la isla misma. Aún cuando no era muy tarde, la visibilidad era pobre, en parte debido a la época del año, en parte a causa de una ligera llovizna que caía intermitente.

Teníamos a bordo un perro policial que obedecía al nombre de "Yen". En el momento que nos acercábamos al fondeadero, el perro, que estaba en el puente mirando hacia proa, con sus manos sobre la baranda como era su costumbre, salió sorpresivamente corriendo escala abajo y ladrando se dirigió al castillo como si viera algo extraño. A todos los que estábamos en el puente nos llamó la atención la actitud de "Yen", e instintivamente dirigimos la mirada hacia proa. Una figura negra y alta, muy alta, una enorme figura humana con dos brazos extendidos al cielo, nos contemplaba fríamente. El guardiamarina de servicio se dirigió al lugar en que había aparecido tal fenómeno y cuál no sería su sorpresa —y la de todos nosotros— al darse cuenta que el extraño ser se adentraba tranquilamente en el mar. "Yen" regresó a los pocos minutos tiritando, con la cola entre las piernas, y se echó a mis pies.

El timonel Hueihué, que observaba, exclamó sonriente:

—Era la "Viuda", mi Comandante.

Inmediatamente terminada la faena de fondeo, llamé a Manquecura y lo interrogué acerca de lo que él supiera sobre ese extraño personaje que se había presentado tan inesperadamente.

Efectivamente el contramaestre lo conocía muy bien; pero, como lo confirmara Manuel Soto, nacido en Melinka, la "Viuda" se presentaba más bien en forma de pájaro, de un enorme pájaro

negro que habitaba, según muchos, en una isla quemada del grupo Guaitecas, no lejos de donde nos encontrábamos. Soto recordaba que, siendo niño, más de una vez acompañó a su padre en excursiones a la "isla quemada", para tratar de cazar a la "Viuda", pero nunca lograron sorprenderla.

El día siguiente que era domingo, amaneció muy bonito y aunque estábamos en pleno invierno, un sol amarillento reventó muy temprano entre las islas, lo que era de esperar, porque la tarde anterior, el "cara de gallo" había mirado hacia atrás. El buen tiempo y las noticias que me dieran Soto y Manquecura, referentes a la posible morada del misterioso ser, me tentaron a una expedición. Levamos ancla y zarpamos en busca de la "isla quemada", siguiendo instrucciones de derrota de nuestro contramaestre.

A poco navegar, nos encontramos en medio de un gran número de pequeñas islas entre las Lancayec, Concota e Islas Gemelas. Era un semillero de islotes, todos verdes, cubiertos de arbustos, entre los que debimos navegar con cautela, pues las cartas náuticas no eran muy precisas en esta parte, apenas si estaban dibujadas las islas más grandes; las pequeñas, eran sólo puntos imperceptibles. Mas, Manquecura, a poco reconoció la que buscábamos: queda cerca de isla Lancayec, próxima a isla Redonda, medio escondida entre cinco o seis de pequeño tamaño. Buscamos fondeadero al sur de Lancayec. La mañana era muy clara y el mar estaba en absoluta calma. Las aguas eran de tal pureza que se veía hasta la última conchuela del fondo de la ensenada bastante profunda. Pocas veces he visto un mar tan claro, tan diáfano, de un verde más hermoso. Sólo podría compararlo con los ojos de una brasileña que conocí años después, a través de cuyas pupilas verde-purísimo, os lo juro de rodillas, se adivinaba el alma. Y no crean que exagero, amables lectores; esos mares australes, cuando están en calma sólo pueden compararse con ojos de mujer. Son cambiantes según el día, como los ojos inefables de las madrileñas y tan maravillosamente bellos como éstos que parecen arrastrarnos por regiones ignotas.

Cuando largamos ancla, el mar se separó —digámoslo así— dejando un hoyo por donde entraron ancla y cadena cuya trayectoria pudimos seguir hasta el fondo. Tal era la calma reinante. Arriamos una chalupa y equipados de rifles y pistolas nos dirigimos a tierra. A medida que avanzábamos la isla se nos presentaba más y más extraña, la isla más extraña que imaginarse pueda. No he tenido ocasión en mis largos años de mar de conocer en parte alguna del mundo otra que se le pareciera. Desgraciadamente, nadie llevaba máquina fotográfica y las palabras son insuficientes para describir lo que se presentaba ante nuestros aterrados ojos: una playa de rocas quebradas, absolutamente negras, desprovista de todo resto vegetal o animal, como si nadie la hubiera pisado jamás. Era una isla pequeña, tal vez de una milla cuadrada de superficie, perfectamente plana, negra, absolutamente negra, diríase un inmenso block de carbón depositado sobre el mar, cubierto de árboles —si así pudiéramos denominar aquello que observábamos—, todos negros, muy altos, con largas ramas verticales que parecían brazos extendidos al cielo. Cortamos algunas ramas: estaban quemadas hasta el alma. Era un bosque tétrico, impresionante; un bosque que semejava un negro y silencioso cementerio cuajado de cruces muy altas. Reinaba un sueño sepulcral: a pesar que en las islas vecinas los árboles se agitaban a una débil brisa, acá todo era calma, calma negra, calma penetrante, calma que se hundía en nuestros nervios, calma que azotaba nuestra siquis. Recorrimos la isla íntegramente sin encontrar rastro alguno y menos la supuesta guarida de la "Viuda". Regresamos a bordo silenciosos, contagiados por ese silencio de tumba que todo lo rodeaba.

Seguimos al sur.

Algunos días después fondeamos en Puerto Americano, ubicado en la isla Tangbao, próxima a isla Melchor. Era tarde, casi al anochecer: en el instante que largábamos ancla, una inmensa sombra cubrió el barco. Todos miramos instintivamente hacia arriba pensando en un súbito chubasco y cuál no sería nuestra sorpresa al encontrarnos bajo las inmensas alas de un pájaro intensamente

negro, enorme, de un pico corvado de grandes dimensiones y de una pata colgante —era una sola y enorme pata— con amenazantes garras que parecía atraparnos. ¡Terrible pata que aún hoy a la distancia de tantos años, nos hace enmudecer...! Un oficial disparó tres o cuatro tiros de rifle, que daban en blanco sin duda alguna, ya que el animal estaba a escasos metros del puente mismo; sin embargo, no se inmutaba. Se reunieron más rifles y pistolas para defendernos del ataque que parecía inminente; lanzamos una y dos andanadas y cuando nos alistábamos para lanzar una tercera descarga, la "Viuda" desapareció como entre una nube. Y estoy seguro de que se trataba de la "Viuda", para lo cual esta vez no necesitábamos la certificación de Manquecura.

Pero ésta se me ha presentado con el tiempo en otras formas, aunque siempre en los alrededores del canal Moraleda.

Una noche que estábamos fondeados en Puerto Francés, cerca de Cayo Blanco, con calma absoluta, pasada medianoche comenzó a golpearse violentamente una puerta. Me asomé por la claraboya, dándome cuenta que no soplaba la menor brisa; el mar estaba absolutamente tranquilo; el buque parecía descansar sobre un espejo, ¿cómo explicarse el golpear intermitente de esa puerta? Llamé al "guachimán" y le ordené pasar una ronda para cerciorarse de lo que ocurría. José Huihué regresó al poco rato, después de no encontrar explicación posible a lo que ocurría y cuadrándose ante mi camarote, sin rodeos, tranquilo y seriamente, me informó:

—Era la "Viuda", mi Comandante.

Di vuelta la almohada y seguí durmiendo.

Años más tarde, siendo Comandante de un transporte, en viaje a Punta Arenas, a la altura de isla Locos, en el mismo canal Moraleda, alrededor de la una de la mañana, se produjo a proa un enorme ruido, como si ambas anclas se hubieran arriado en banda con toda la cadena. Estaba en el puente de mando acompañando al oficial de guardia; ordené "parar la máquina" y dar "toda fuerza atrás" a fin de quitar la viada,

pues al haber ocurrido realmente ese percance en las anclas, la cosa era seria. El teniente de guardia corrió al castillo y el propio contramaestre y algunos marineros que habían despertado con el inmenso ruido, corrieron, farol en mano, a inspeccionar la maniobra del cabrestante. Todo estaba en perfecto orden.

¡Fue una nueva jugarreta de la "Viuda"!

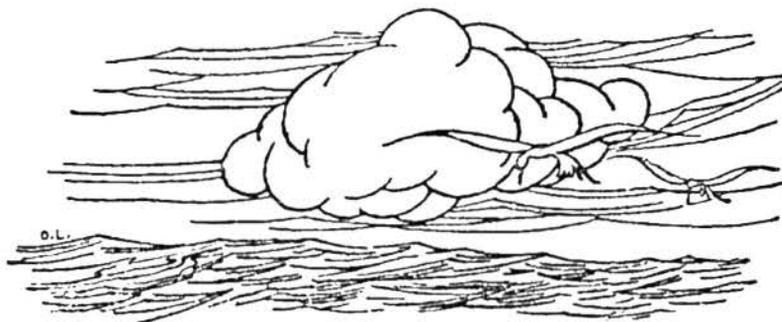
Muchos años después, me encontraba en el puente de mando de un barco brasileño, al cual guiaba por la zona de los canales en calidad de Práctico. Era una noche amenazante invernal. Aproximadamente a la entrada del canal Moraleda, después de medianoche, comenzaron a golpearse contra el costado las dos anclas. Envié al Piloto de guardia a pasar una ronda con intrucciones que despertara personal si era necesario, pese a que estaba seguro que todo iba perfectamente trincado para la mar y que nada justificaba tales golpes, aún cuando navegábamos con mar gruesa.

El oficial regresó a los pocos instantes informándome que todo estaba en

perfecto orden. Le respondí sonriendo: "Se trata de la "Viuda", estimado piloto". Extraño habitante —ave, animal, mujer, sombra o simplemente cosa— que se oculta en los canales chilotes y de la cual —os lo aseguro— no se puede dudar: la he visto, la he perseguido, la he sufrido muchas veces. No siempre se presenta como la "Calchona" más al norte, en figura de mujer; o como la "Zorra blanca", en nuestros campos del centro en figura de animal dañino que salta a la grupa de las espantadas cabalgaduras. En los canales de Chiloé, especialmente en las vecindades del Moraleda, toma mil formas distintas, sembrando intranquilidad y zozobra entre los hombres de mar, cuyos corazones palpitan siempre agitada y supersticiosamente.

Nota del autor

En todos mis "relatos marineros" hay mucho de realidad y algo de ficción. Se ha dicho que es un desafío interesante el determinar dónde conluye una, para dar paso a la otra. Os dejo en ese dilema, amables lectores.



O.L.